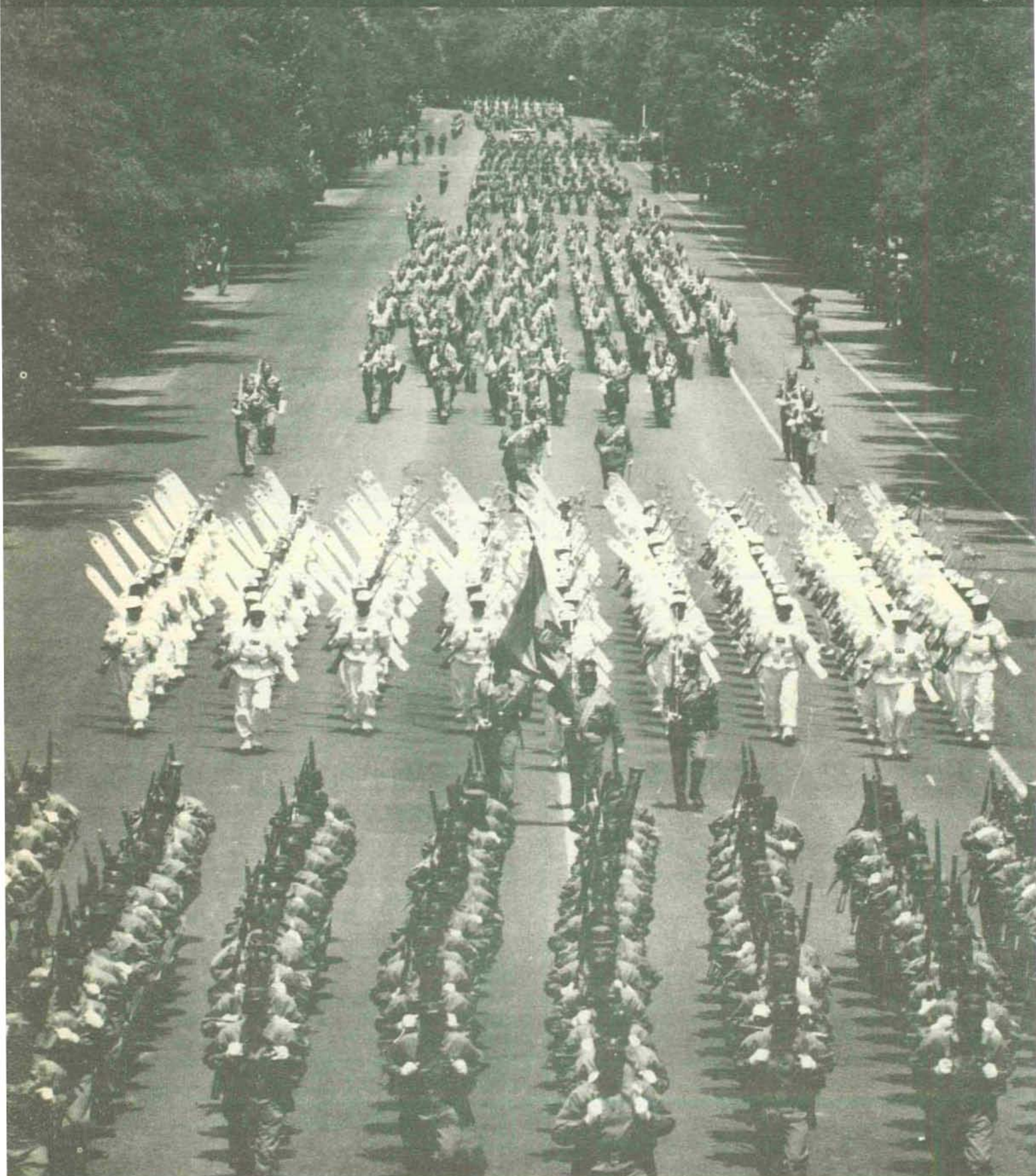


El futuro de nuestras



Desfile de las tropas de los tres ejércitos durante la ya tradicional conmemoración del «Día de las Fuerzas Armadas».

Fuerzas Armadas

TRATAR de bucear en el futuro es tarea ingrata y de antemano condenada al fracaso, pero no resulta difícil predecir que el porvenir de nuestras Fuerzas Armadas está inexorablemente unido al de las restantes instituciones nacionales con las que forma un todo inseparable e indisoluble. Lo que sea del Estado será de ellas.

Pensaba don José Ortega y Gasset que el Estado, «a fuer de instrumento, sólo es bueno cuando es bueno para una finalidad determinada, cuando anticipa y prepara cierto tipo de vida histórica» y que «no hay vida histórica cuando no existe una empresa colectiva propuesta a la masa ciudadana que oriente y organice su pululación multitudinaria».

Deducía de ello que una «política que no contiene un proyecto de grandes realizaciones históricas queda reducida a la cuestión formal de gobernar en el sentido peor del vocablo, a la cuestión de ejercer el poder público».

Lo que justifica la existencia del Estado es la realización de esa gran tarea y lo que da la medida de su perfección es el grado en que le da cumplimiento. El Estado no tiene sentido más



**Ramón
Salas Larrazábal**

que si se pone al servicio de lo que es la vocación colectiva de una concreta comunidad política y conduce a ésta al logro de sus objetivos.

Pero el instrumento que es el Estado necesita de otros para conseguir estos fines. Lunacharski, el primer comisario de Educación de



S. M. el Rey durante una alocución a altos mandos militares de la nación en el CESEDEN (Centro de Estudios de la Defensa Nacional).



Helicópteros de las Fuerzas Aéreas durante un desfile. En primer término, la barcelonesa estatua a Cristóbal Colón.

la Unión Soviética y personaje que estuvo a punto de ser el primer embajador de la URSS en España, decía «que un Estado se defiende y consolida en tres frentes: el frente militar, del que depende el ser de ese Estado; el frente económico, a quien toca no el ser, sino el vivir, el seguir siendo, y un frente cultural-pedagógico, que logra, no el ser ni el vivir, sino el perdurar».

Dejando a un lado, por no ser objeto de este trabajo, los frentes económico y cultural-peda-

gógico, de tan capital importancia, vamos a detener nuestra atención en el militar, del que según el ideólogo marxista depende nada menos que el ser del Estado, la existencia del instrumento preciso para que la comunidad nacional pueda cumplir sus fines, alcanzar sus metas.

La cosa es seria y obliga a meditar. En un orden correcto de valores habríamos de situar en primer lugar la selección de los objetivos que se pretenden conseguir: la finalidad de la acción política. Vendría después configurar la organización del Estado para adecuarla a la tarea elegida, dotándole de los medios y capacidades precisos para su cumplimiento y, finalmente, habría que moldear éstos entre los que, en lugar preferente, se sitúan las Fuerzas Armadas, garantía de su ser.

Constituyen, pues, las Fuerzas Armadas una pieza esencial de ese complejo instrumento que es el Estado y a ellas se puede aplicar, con tanta exactitud como a éste, el axioma de que únicamente serán buenas si son buenas para el cometido que se les asigne por la sociedad dentro del, cada vez más complicado, funcionamiento de la sofisticada máquina de que forman parte.

En la España moderna, lamentablemente, faltó casi siempre la ambición de realizar una gran política, y la gobernación del país quedó prácticamente reducida al simple ejercicio del poder. Así no tiene nada de extraño el mal funcionamiento del Estado y, paralelamente, el de



Fuerzas del Ejército de Tierra, con vestimenta de campaña, durante un desfile militar.

sus Fuerzas Armadas. Nunca se supo a ciencia cierta para qué se las quería, qué tipo de trabajo tenían que realizar, qué resultados debían obtener.

El propio Ortega, allá por el final de los años veinte, época de prosperidad económica y florecimiento cultural, echaba la culpa de esa penosa situación a la desmoralización de los españoles, que para él era la desmoralización de quien no tiene nada que hacer. Nada que hacer solidariamente, se entiende.

Esa anormal situación producía una inversión de los términos del problema que don Santiago Ramón y Cajal detectó perfectamente cuando dijo que lo que más nos diferencia de los ingleses es que para éstos su primordial deber es mantener al Estado, en tanto que nosotros pensamos que es el Estado quien debe mantenernos. Aforismo que desgraciadamente sigue siendo válido. Para comprobarlo no hay más que leer el periódico, escuchar la radio o sentarse ante el televisor. Parece como si, incapaces de darle otra función, sólo lo quisiéramos para ésta de resolver no los problemas históricos de la colectividad, sino los concretos y cotidianos de cada uno de nosotros.

Sin embargo, no siempre fue así. En la segunda mitad del siglo XVII, en un momento muy poco brillante para España, el teólogo y filósofo francés Samuel Sorbiere, que tal vez ya no veía más que «la polvareda que queda cuando por la gran ruta histórica ha pasado galopando un gran pueblo», escribió: «La gran política de los españoles consiste en que no piensan más que en ella, en tanto que ignoran las otras cosas, respecto las cuales su imaginación no se distrae. Sí, ésta es la fija; los españoles hicieron grande a España porque tenían la idea obsesionante de que España fuera grande. No pensaban en otra cosa y al fin consiguieron lo que tenían entre ceja y ceja. Cuando el hombre de acción o el artista están henchidos de fervor, el fervor hace milagros; lo que apoca y amilana es la dispersión del pensamiento.»

Este fervor se fue desvaneciendo lentamente y cuando alboreaba el siglo XX no quedaba nada de él. Fue el propio Ortega quien con su penetración diagnosticó el mal certeramente: «Después de las guerras colonial e hispano-yanqui quedó nuestro ejército profundamente deprimido, moralmente desarticulado; por decirlo así, disuelto en la gran masa nacional. Nadie se ocupó de él ni siquiera para exigirle, en forma elevada, justiciera y competente, las debidas responsabilidades. Al mismo tiempo la voluntad colectiva de España, con rara e inconcebible unanimidad, adoptó sumariamente, radicalmente, la inquebrantable **resolución de no volver a entrar en bélicas empresas**. Los militares mismos se sintieron, en el fondo de su ánima, contaminados por esta decisión.»



Un momento de las maniobras navales que tuvieron efecto en la bahía del Ferrol, con motivo de la visita de S. M. el Rey al portaaviones «Dédalo», de la Armada Nacional.

Civiles y militares llegaron al convencimiento de la inutilidad del ejército, y como consecuencia de ese acuerdo se produjo un inevitable alejamiento entre ellos. Paradójicamente les separaba lo que les unía.

Desde entonces arrastran nuestras Fuerzas Armadas una serie de defectos estructurales que hacen de ellas organismos anormales aquejados de un macrocefalismo agudo y de tanto exceso de personal como penuria de equipamiento y preparación.

Cuando sobrevino la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas nuestro ejército tenía un volumen desproporcionado para situaciones de paz, pero no excesivo en una situación de guerra. Contaba con 344 generales, 4.983 jefes y 17.950 capitanes y tenientes que encuadraban a 307.453 clases y soldados del ejército, 23.069 de la Guardia Civil y 14.571 del cuerpo de Carabineros. De estas fuerzas 6.905 Oficiales y 203.891 soldados y guardias servían en ultramar y en ese momento la proporción oficial/soldado no era en modo alguno exagerada. Se establecía en 15 hombres por oficial y la cifra se elevaba al doble en ultramar, donde resultaba excesiva. Lo malo fue que los oficiales eran en su totalidad profesionales y de ahí que al licenciarse las tropas quedarán un gran número excedentes, pasando a ser una carga para el Estado y un problema para la sociedad.

En la Armada la situación era todavía peor, pues las Escuadras habían desaparecido y el material a flote superviviente era escaso, viejo y prácticamente incapaz de navegar. Los 64 almirantes y generales y los 1.836 oficiales particulares de la Armada quedaron en su mayor parte ociosos.

Para resolver el problema era necesario reducir el tremendo exceso producido por el desastre y dar una nueva fisonomía a las Fuerzas Armadas a través de una reforma en profundidad.

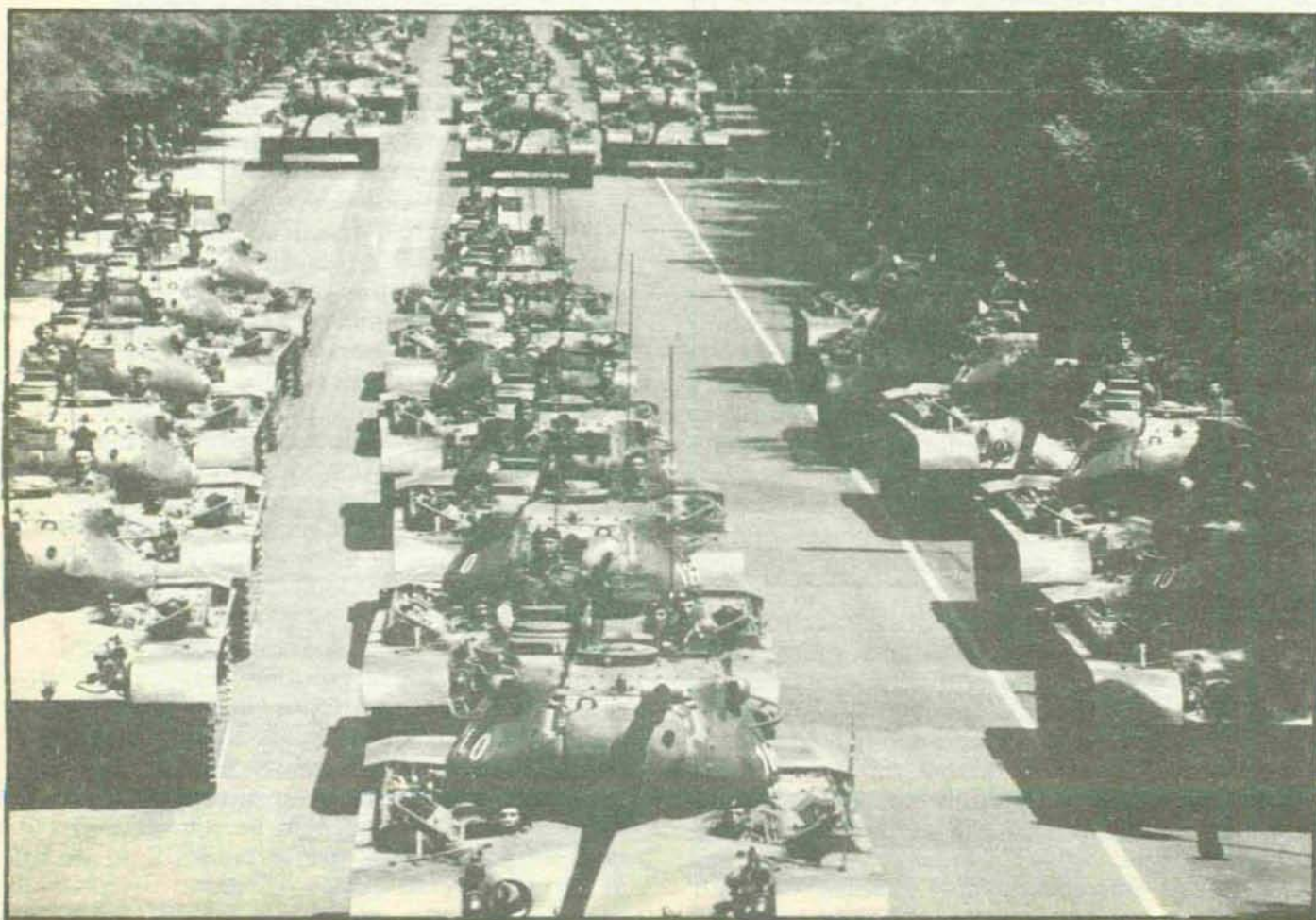
El general Polavieja, ministro de la Guerra en un Gabinete presidido por Silvela y en el que Raimundo Fernández Villaverde ocupaba la cartera de Hacienda, pidió una política naval y militar bien concebida para defender nuestras provincias insulares y las posesiones africanas que constituían lo que quedaba de nuestro desaparecido imperio, lo que exigía un fuerte ejército y una marina eficaz sin «prestar oídos a quienes hoy propugnan reducir las flotas de guerra a cero, pues si así halagan al vulgo, hacen un mal servicio a la Patria».

Para ello presentó un proyecto de reforma que naufragó ante la cerrada oposición del ministro de Hacienda, campeón de una política de austeridad que permitiera la liquidación de la deuda exterior y la nivelación del presupuesto.

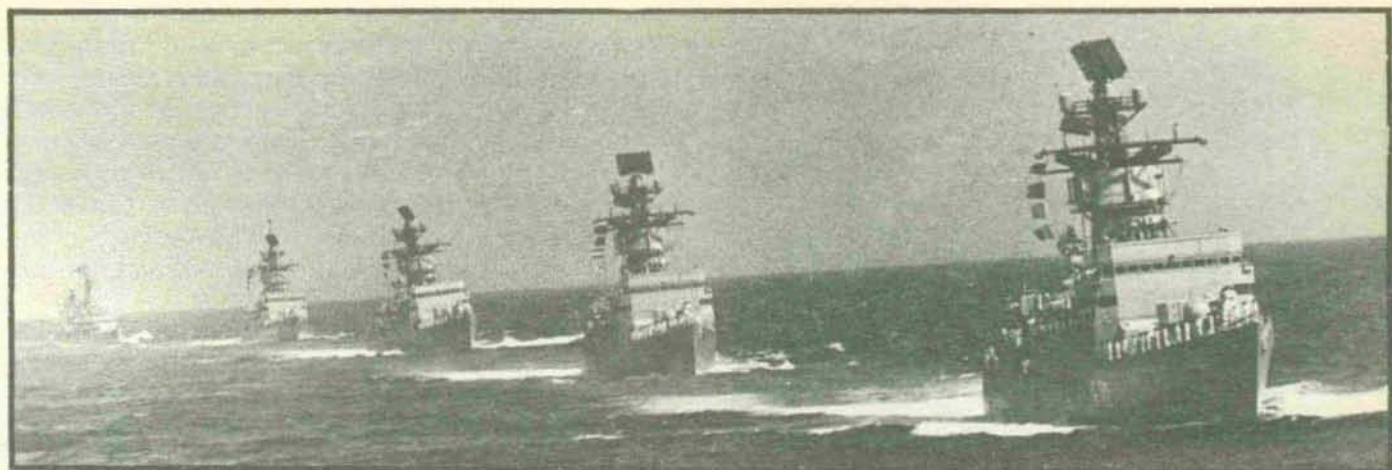
La diferencia de criterio entre los ministros debiera haber llevado a una decisión coherente con lo que pensaba uno de ellos, pero, lamentablemente, se siguió una línea intermedia. No se hizo la reforma; se redujeron los efectivos del ejército hasta un máximo autorizado de 80.000 hombres y se mantuvieron en las escalas todos los oficiales aunque sometidos a un drástico sistema de amortización, que, normalmente, daba al ascenso una vacante de cada cuatro.

«Para no tener ocioso a tanto personal y justificar de cierta manera el percibo de sus haberes se inventaron multitud de inverosímiles destinos burocráticos, que poco a poco hicieron perder los hábitos militares a los usufructuarios, al punto de convertirlos en individuos ineptos para el mando de tropas e inútiles para la guerra.» En estas condiciones un ejército, que ya en ultramar había demostrado su elevado espíritu de un lado y su carencia de cohesión, armamento y equipo del otro, se encontraría mal dispuesto moral y materialmente cuando tuvo que enfrentarse con las obligaciones derivadas de nuestros compromisos internacionales contraídos en Marruecos.

En 1902 el general Weyler afrontó el problema del personal y mediante unas leyes de retiro consiguió que los 23.677 oficiales de 1898 bajaran a 15.425 en 1909, pero el problema



Efectivos de la División Acorazada «Brunete» durante un desfile militar.



Maniobras navales en la bahía del Ferrol.

subsistía, pues, si se había eliminado a un tercio de los oficiales la tropa bajó a menos de la tercera parte, con lo que el desequilibrio, lejos de disminuir, aumentó.

Teníamos sobre el papel un enorme ejército que osciló entre un mínimo de quince y un máximo de diecinueve Divisiones, pero en cuadro. En caso de ser requeridas para actuar no servían para nada, como se puso de manifiesto repetidamente en Africa.

Cuando se abría un período de operaciones se completaban las unidades con reservistas llamados a toda prisa y éstas, mal instruidas, sin cohesión, pobres de medios y mandadas por hombres dispuestos al sacrificio, pero que no

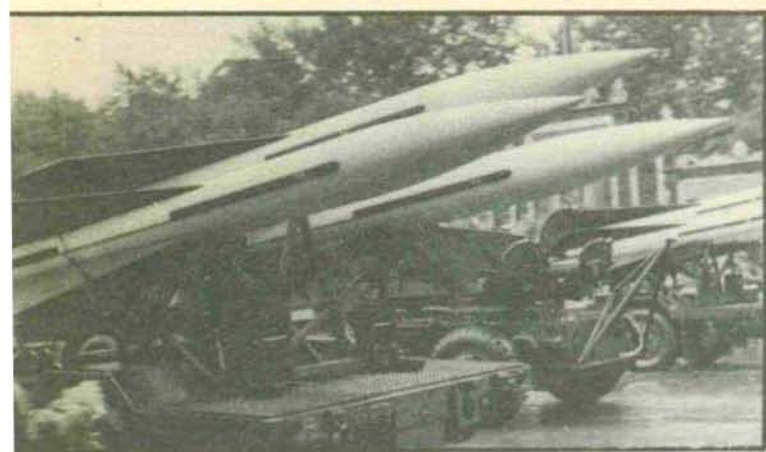
habían tenido oportunidad para adquirir o conservar la preparación precisa para conducir las en el combate; se las veían y deseaban para salvar, al menos, el prestigio y la dignidad de España frente a unas tropas irregulares, muy inferiores en número, y a las que casi siempre correspondía la iniciativa.

La carencia de una línea política definida hacía que las campañas se iniciaran, normalmente, con un revés que se remontaba sobre la marcha, improvisando una fuerza que lentamente iba adquiriendo consistencia y que se disolvía apenas adquiría forma, y se ponía a punto para mayores menesteres.

La necesidad obligó a buscar el remedio en



Ejercicio táctico ofensivo de diversas unidades de Infantería, Artillería y el arma de Aviación, desarrolladas conjuntamente en tierras de Aragón.



Moderno armamento de las Fuerzas Armadas durante un desfile militar.

la organización de unidades coloniales mercenarias: Fuerzas Regulares Indígenas, Mehalá y Tercio que constituyeron el armazón permanente y fiable de un Ejército ligero que llegó a ser, al final de la guerra, un instrumento eficaz, con mandos selectos, tropas adiestradas, moral elevada y estructura equilibrada.

Estos beneficiosos efectos no se extendieron al Ejército territorial que siguió siendo una pesada carga para el Estado que, como el resto de las instituciones, sólo pensaba en sus menudos problemas domésticos o de clase, en que el Estado le mantuviera y en hacer prácticamente imposible que lo consiguiera.

Los militares ociosos de las guarniciones peninsulares buscaron y encontraron un sustitutivo a la acción en hablar mal de sus compañeros combatientes y en «la tarea, harto difícil, de hacer la felicidad del pueblo», desviándose de lo que era su esencia y transformándose en un perturbador grupo de presión.

Los marinos, más afortunados, lograron su reforma con Ferrándiz durante el gobierno largo de Maura, y su tarea, continuada por Miranda, dio a la Armada una nueva flota y una organización ponderada que los mantuvo absorbidos en las tareas que les eran propias, evitándoles desviaciones indeseables.

La experiencia dictatorial, que supuso un ensayo, sin precedentes en España, de gobierno castrense, fue para los militares una dura lección de la que salieron escarmentados y con la decisión de volver a lo suyo y no reincidir en aventuras extraprofesionales.

Desgraciadamente la situación general de España se deslizaba vertiginosamente hacia la catástrofe. El deslizamiento hacia los extremos iba polarizando a los grupos políticos en bloques antagónicos mutuamente excluyentes y cuando éstos se declararon incompatibles, no aceptándose como alternativas de gobierno, los españoles, y por tanto los militares, se dividieron en dos fracciones inconciliables dispuestas a resolver sus diferencias violentamente.

Al comenzar la guerra civil todos los defec-

tos y virtudes de nuestras organizaciones castrenses se pusieron, una vez más, de manifiesto. Los militares seguían dispuestos al supremo sacrificio, pero el Ejército territorial no servía para nada. Únicamente las Unidades Marroquíes estaban en forma y esa es la razón de que sus éxitos resultaran espectaculares. Luego la improvisación y después, mucho después, fueron naciendo dos Ejércitos, herederos ambos del que creara Azaña.

Este había resuelto el problema estructural y el del exceso de personal, pero no el del material, con lo que el ejército siguió tan pobre de instrucción y medios como antes. El de personal lo enfrentó en forma similar a como antes lo hiciera Weyler, pero también como entonces no tardó en iniciarse el proceso inflacionista que parece acompañar irremediablemente a nuestro ejército. Entre 1932 y 1935 el número de oficiales creció nuevamente en más de un 25 por ciento.

La guerra, con la división de España, resolvió de nuevo el problema. Contra cuanto se ha dicho, cuando terminó, el Ejército tenía una estructura bastante más equilibrada que en tiempos anteriores. Los muertos e incapacitados fueron numerosos. Los fusilados por vencidos y vencedores muchísimos y los expulsados de las filas militares todos los que militaron en el bando perdedor.

Por añadidura las Academias Militares no produjeron nuevos oficiales desde 1936, año en el que salieron en número insignificante y 1946, en que recibieron sus despachos los componentes de la primera promoción de posguerra. El conjunto de todas esas pérdidas, reales y potenciales, equilibraba ampliamente las aportaciones procedentes de la recluta de provisionales.

Sin embargo, la buena situación de partida no tardaría en deteriorarse. Se volvió a un Ejército fachada, con muchos Cuerpos de Ejército pero con sus regimientos en los huesos, y, aunque en los últimos años la situación ha mejorado notablemente, nuestras Fuerzas Armadas adolecen hoy de lo mismo que ayer: sobrante de efectivos en la base y en los cuadros; bajísimo índice de equipamiento y preparación; vetustez; administración pesada y frondosa; exceso de escalones y mando, y, sobre todo, desequilibrio en la asignación de medios y recursos.

Tenemos en filas un número de hombres relativamente superior al de las restantes naciones europeas e incluso en cifras absolutas sólo nos gana Francia, y eso hace que en nuestro presupuesto militar más del 60 por ciento de su importe se destine a gastos de personal, frente a un 37 por ciento en Italia o un 26 por ciento en Suecia. Como contrapartida en equipamiento por hombre en filas gastamos veinte veces menos que los suecos, casi diez veces menos

que franceses y alemanes y algo menos de la mitad que los italianos.

Todo ello nos da idea de lo mal que gastamos el dinero que extraemos del presupuesto, aunque pueda servirnos de consuelo que éste es comparativamente muy inferior al que los restantes países dedican a sus Fuerzas Armadas. El esfuerzo económico del contribuyente español queda bastante por debajo del de la media mundial, tanto en la renuncia a bienes de consumo en la retención de capital detraído del que pudiera dedicarse al crecimiento económico.

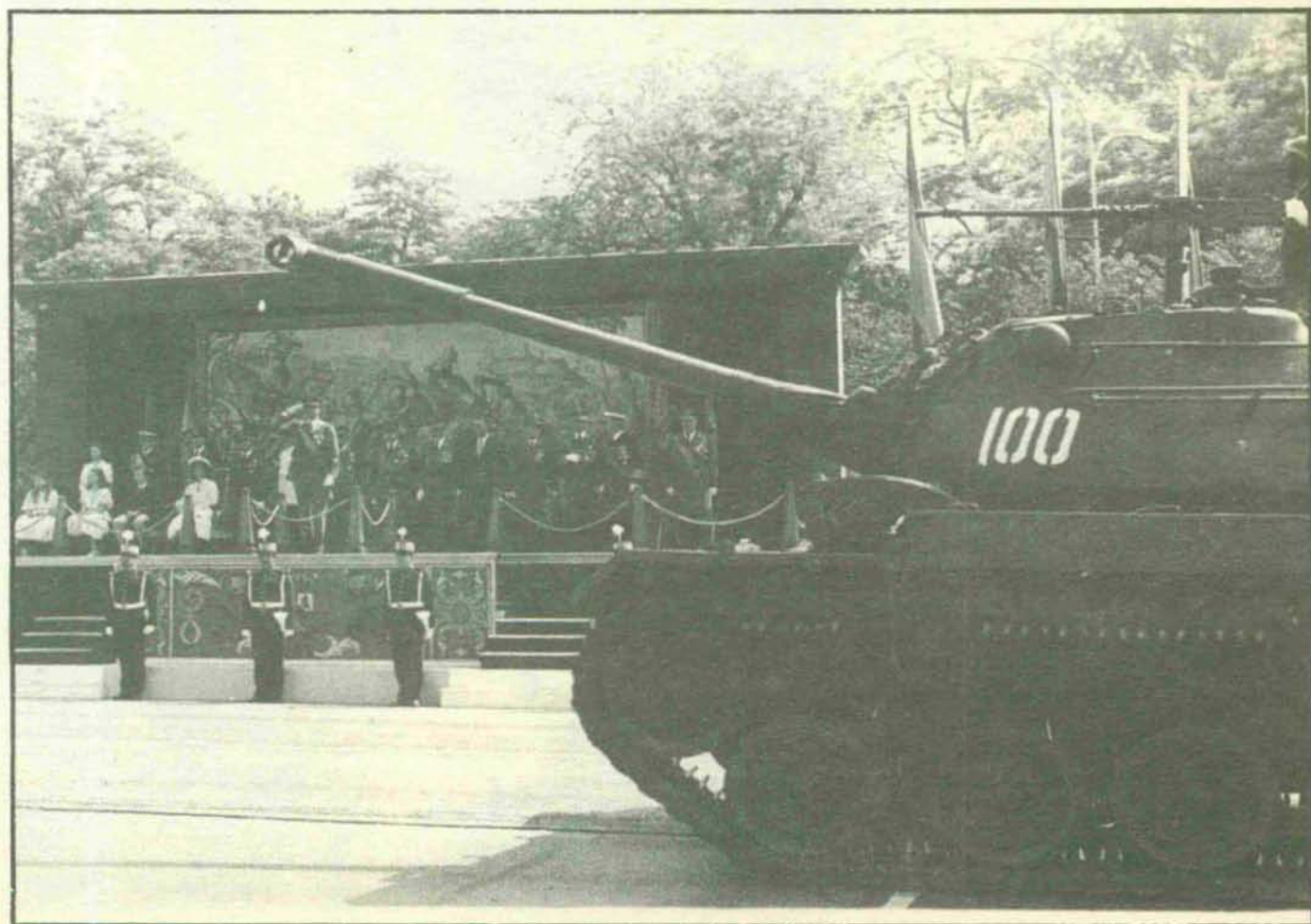
La situación es todavía peor si la referimos a la distribución que de ese esfuerzo se hace entre los distintos servicios militares. El ejército de tierra sigue absorbiendo, en mantener un monstruoso aparato, la parte del león en los gastos militares a pesar de que la realidad estratégica impone un profundo cambio.

España no tiene en su horizonte la menor amenaza previsible a sus fronteras terrestres. Tanto dentro de la OTAN como fuera de ella nuestra seguridad no puede verse en dificultades más que en el espacio estratégico definido por la línea Baleares-Gibraltar-Canarias, y en ella el Ejército de Tierra tiene una presencia de importancia muy secundaria. Lo que requie-

re nuestra seguridad no es la existencia de centenares de miles de hombres apelotonados en nuestras islas y plazas de soberanía, sino una importante fuerza aeronaval que nos haga respetables y respetados en ese importante ámbito geopolítico.

Hoy sólo los gastos de personal del Ejército de Tierra ascienden a una cifra casi igual a la del conjunto de todos los de Marina y Aire y los de este ejército son inferiores netamente incluso a los de la Armada, contra lo que sucede en todo el mundo. Una potencia terrestre como Francia invierte más en aviación que el tierra. Una potencia naval como Gran Bretaña gasta más en Aire que en Marina. Sólo nosotros nos hemos olvidado absolutamente de un instrumento al que en nuestra guerra tuvimos que prestar la atención debida.

De este presente, claramente insatisfactorio, se avanza lentamente a un futuro prometedor. El grado de modernización progresa de forma ostensible, especialmente en la Armada, pero todavía queda mucho camino por recorrer. Esperemos que la realidad coincida con nuestros deseos y que pronto se concrete cuál es el fin a que se destinan nuestras Fuerzas Armadas para hacerlas buenas y adecuadas a esa finalidad concreta. ■ R.S.L.



S. M. el Rey Don Juan Carlos presidiendo, en compañía de la familia real, un desfile con motivo de la celebración del «Día de las Fuerzas Armadas».